

Génesis

Sus rodillas de piedra, sus mejillas
frescas aún de la reciente alga;
sus manos enterradas en la arcilla
que el cuerpo oscuro hacia la luz cabalga;

y su testa nonata todavía, blanda silla
de recóndita luz, de espera larga,
fue ascendiendo detrás de la semilla
ida del verbo a la región amarga.

Ciego era Adán cuando la augusta mano
le impartió su humedad al rostro frío.
Por el verbo del agua se hizo humano,

por el agua, que es llanto en desvarío,
se fue mudando hacia el jardín cercano
e incendió con su luz el astro frío.

Adán en el Paraíso

Recorre Adán su inaugural paseo
con el cabello dado al primer viento;
ya el vacío destruye, y da su aliento
cuerpo a la estrella y al metal deseo.

Ya el universo todo es un sabeo
jardín que canta, perfumado asiento;
se hace suelo la tierra, aire el viento,
y extendida la luz abre el deseo.

Donde fuera escarlata ardiente lava,
ha crecido un color de musgo verde.
Tibia región donde la llama estabe,

fruto en la piedra, memoria que recuerde
la eternidad que ni empezó ni acaba,
y un Dios que se ensimisma y que se pierde.

Alborada

Despiertas atónito de despertar.

Pasó de largo un día más la muerte,
¿sigue viva la vida?

Mira: todo está bien: el universo en orden, ya salió el sol,
caliente por la piel y helado por el alma,
pero es el sol, el enemigo de la oscuridad
y del pensar lo triste;
el sol está de parte de la vida, como dada
a la muerte apareció la luna.

Echa a andar otra vez su cansado teatro la mañana:

el gallo jactansioso, el panadero, la madre
infatigable colándonos café. En fin,
los trastos del maquillaje cotidiano
para entrar en la escena del buenos días,
qué tal está usted, cómo le van las cosas.

Nada. No tiembles. Todo va bien. Tenemos
un día más de vacaciones fuera
del cementerio. ¡Viva, viva la vida!

A ver: vamos a ver: los zapatos, el pantalón,
la camisa, el reloj con el tiempo aprisionado.

Nada. La mañana pregona que no existe la nada.

Sal con el pie derecho a saborear el día.

¡Vive y nada más! Este día es tan bello,
que nos olvidamos de que tenemos huesos.

*Poemas de la lluvia**I*

Los niños invisibles de la lluvia,
El sonido y el vuelo de sus hadas,
Los tallos de sus flores, los jardines
Lejanos de sus aves, el juego de escucharse,
La nieve de su traje y el verde de los iris,
Comienzan a mudarse en agua pura
Por contemplar el rostro de la lluvia.

II

Yo veo dentro de la lluvia
A una mujer hilando,
A un señor distinguido cuya barba
Se entrelaza en los árboles,
A una guitarra blanca que tremola
Esa voz peculiar de los que amo.

III

¿Qué lluvia es esta cuya voz recuerda
Tanto silencio ido con la muerte?

¿Qué lluvia es esta cuna al pensamiento
Y al más oculto sueño realidades?

¿Qué lluvia es esta lluvia que recuerdo
Aún debajo del sol y dentro de la lluvia?

IV

El pensamiento ha ido a reclinarse
Como un ave cansada
En el lecho, incesante de la lluvia.

Solo con la lluvia y el vacío,
En la soledad incesante de la lluvia,
Hablando de ti cristalidamente en el vacío.

V

Cuando desciende,
Es como si todas las mujeres sollozasen.

Cae sobre las flores
Tan cuidadosamente
Como si trajese en las vivas palmas de sus manos
Un mensaje del cielo.

El señor de las flores habla en ella
Un lenguaje más triste cada día.

Nunca se la ha visto
Destruir la rosa.

Cuando asciende,
Es como si las abejas desnudasen,
De un solo vuelo,
Todo el firmamento.

VI

Una mujer canta mientras cae la lluvia.
Canta mientras la lluvia derrama su más puro silencio.
Se escucha el milagro de que su canto sea
Más silencioso que el canto de la lluvia.

VII

La imagino en el cielo.
Ahí anda apresurada en busca de sus guantes:
Partirá hacia la tierra en breve espacio:
El carmín de sus labios, el eterno arrebol de sus mejillas,
La gracia incomparable de sus rizos,
Y la sombrilla gris que nunca olvida.

VIII

Danzan las gotas de lluvia
Sobre la fina playa de sus hombros.

Flechas breves de nieve se acomodan
Al paso de delfín con que desdeña
Ese ardiente besar. Ahora se escucha
El dolor siempre oculto de la lluvia,
Se escucha su nostalgia de habitarle,
Su fracasado ensueño de ceñirle
Con amorosos lazos la mirada:
Mi corazón sonrío hacia los cielos
Y es uno con la lluvia ante su alma.

IX

El agua es solamente
La sombra de la lluvia.

Los ruiseñores,
Acuden a la lluvia
Con su canto.

Sólo el cuerpo del ave
Queda preso en el agua.

X

La ventana se asoma hacia la lluvia
Con tanta inteligencia como un ave.

Ella mira infantil, mira asombrada
Cómo la lluvia llega a los cristales.

Amor comienza a construir su techo:
Para siempre la lluvia es una niña
Cuyo pecho destruye la belleza.

XI

Volver como tú vuelves
Desde aquella región donde la sombra
Es el único árbol.

Volver como tú vuelves
Sabiendo simplemente qué es el cielo,

-- Sólo bosque de nubes, foresta interminable de la estrella –
O pradera en que aún vibran los recuerdos.

Saber como tú sabes
Qué rostro se ilumina cuando sueña
El ángel de la lluvia.

*El río**A José Olivio Jiménez*

Viví sesenta años a la orilla de un río
que sólo era visible para los nacidos allí.
Las gentes que pasaban hacia la feria del oeste,
nos miraban con asombro, porque no comprendían
de dónde sacábamos la humedad de las ropas
y aquellos peces de color de naranja,
que de continuo extraíamos del agua invisible para ellos.

Un día alguien se hundió en el río, y no reapareció.
Los transeúntes, interrumpiendo su viaje hacia la feria,
preguntaban por dónde se había ido, cuándo volvería,
qué misterio era aquel de los peces de color de fuego amarillo.
Los nacidos allí guardábamos silencio. Sonreíamos tenuamente,
pero ni una palabra se nos escapaba, ni un signo dábamos en
prenda.
Porque el silencio es el lenguaje de nuestra tribu,
y no queríamos perder el río invisible, a cuya orilla,
éramos dueños del mundo y maestros del misterio.

Soneto a la rosa

*Rises from the rose-ash
the ghost of the rose.*

-Francis Thompson

Rose lives, when the rose is dead...

-Shelley

Gravemente la frente da a la rosa
un universo mudo en que fulgura
la rosa oculta en la yacente rosa
y la forma silente que inaugura.

Apenas con morir, voz silenciosa
eternizada en suave apoyatura,
alza la rosa músicas de rosa
para el cielo infinito que la apura.

¿Cómo, dolor, la rosa vuelve a rosa
bajo el amargo esquema de la impura
rosa yacente en apagada rosa?

¿Cómo habita la zona más oscura
para llegar al cielo y silenciosa
volcarse en música y volverse pura?

¡Oh dulce espejo de la rosa!
Hacia la nada vas, y en la procura
del árbol de la nada – fija rosa –
la forma de tu ser se transfigura.

*Homenaje a Jean Cocteau**Il vous faudrait mourir pour joindre les deux boust.**-J. C., en la muerte de Eluard*

El alambrista recorre de lado a lado lo más alto del circo,
y aplaude la multitud.

La multitud no sabe que él va palpando espejos, pidiendo claves
para cruzar el otro alambre más tenso y peligroso:
el que dos ángeles vestidos de arlequines sostienen de lado a lado,
sobre el vientre de la noche.

¡Quién pudiera ser siempre niño inocente,
inocente, es decir, dueño de mil secretos!
Y menos mal que nos ha dado el ardid del disfraz y la bola de
nieve,
el poder soñar con que un caballo es un candelabro,
un portallamas para empuñarlo y recorrer las planicies de la
muerte.

Al otro extremo de la cuerda tiene que estar Dios,
al otro extremo no es posible que abra sus poderosas mandíbulas
la nada.

Bien está pues la volatinería, el salto del payaso, la pirueta del
cisne;
bien está el olé a la sonrisa de la golondrina disecada, y al torerito
muerto por sorpresa.

Bien está dar cuerda todas las noches a un ruseñor de acero,
para sacarle de entre las tripas
la música depositada allí por el último Orfeo.

La línea del ferrocarril que parecía interminable,
se cortaba de pronto a cuchillo sobre la barranca imposible de
saltar.

El fér
ico vagón se quedaba vacío en un segundo:

¡eh, vosotros, camaradas, amigos, centinelas, no os vayáis!,
¡llevadme a vuestro juego, otro acto de magia, por favor!,
¡pronto, corred, sacad el conejo del sombrero, reanimad a
Nijinsky!,

¡haced algo, permitidme otra vuelta en el carrousel, convertirme
en busto,
pintar otra estrellita en la puerta del dormitorio de Eurídice!

Hay que morir, amigo, para unir los extremos
de este cotidiano alambre
tendido sobre el abismo de estar vivo.

Hay que morir, no hay fallo, para enterarse un poco
de si es cierto que existe la Poesía, de si hay
al otro lado del castillo un guardián, una orquesta
y un teatro.

Y sobre todo hay que morir, amigo,
para quedarnos finalmente convencidos
de que *la luna es el sol de las estatuas*.

“La luna es el sol de las estatuas”

La lune est le soleil des statues...

-Jean Cocteau

Cerremos este libro donde la astronomía
pasea cabizbaja entre cromos desvaídos.
Ya éste no es el contorno trémulo de Casiopea.
Este polvillo es más urbano que estelar.
Cerramos el libro envejecido. Doblemos diez veces esta hoja.
Váyase al bolsillo más oscuro la Osa Mayor, la Luna, el Centauro.

Gran milagro de nuevo, el cielo está completo.
Para hoy los astrónomos permiten a la luna
errabundear un poco, algunas horas justas,
curioseando los pinos, las calles, los senderos.

Saca tu exclamación de los días festivos.
¡Aquí está la luna! Nada menos, ¡la luna!
Atrasa tu reloj, pide un caballo negro,
pide un ramo de violetas, un encintado frasco de perfume.
Vertiremos el agua de una copa doméstica sobre el cabello
vivo de una estatua.
¿Tú ves? El Sol. Diamantes. La medianoche vuela
en su carro flamígero deshelando la luna.

Nocturno luminoso

*Music I heard with you was more than music,
And bread I broke with you was more than bread...
-Conrad Aiken*

Como un mapa pintado de violento amarillo sobre una pared gris,
o como una mariposa aparecida de súbito en medio de los niños
en el aula,
inesperadamente así,
cuando es más noche la noche de los ciegos extraviados en el
laberinto,
puede aparecer de pronto una figura humana que sea como un
cirio dulcemente encendido,
como el sol personal, o como el recuerdo de que hay también
estrellas y hermosura,
y algo bello cantando todavía entre las viejas venas de la tierra.

Como un mapa o como una mariposa que se queda adherida en
un espejo,
la dulce piel invade e ilumina las praderas oscuras del corazón;
inesperadamente así, como la centella o el árbol florecido,
esa piel luminosa es de pronto el adorno más bello de una vida,
es la respuesta pedida largamente a la impenetrable noche:
una llama de oro, un resplandor que vence a todo abismo,
un misterioso acompañamiento que impide la tristeza.

Como un mapa o como una mariposa así de simple es amar.
¡Adiós a las sombras, a los días ahogados de hastío, al girovagiar
la Nada!
Amar es ver en otra persona el cirio encendido, el sol manuable
y personal
que nos toma de la mano como a un ciego perdido entre lo oscuro,
y va iluminándonos por el largo y tormentoso túnel de los días,
cada vez más radiante,

14

hasta que no vemos nada de lo tenebroso antiguo,
y todo es una música asentada, y un deleite callado,
excepcionalmente feliz y doloroso a un tiempo,
tan niño enajenado que no se atreve a abrir los ojos, ni a
pronunciar una palabra,
por miedo a que la luz desaparezca, y rueda a tierra el cirio,
y todo vuelva a ser noche en derredor
la noche interminable de los ciegos.

*Testamento del pez**

Yo te amo, ciudad,
aunque sólo escucho de ti el lejano rumor,
aunque soy en tu olvido una isla invisible,
porque resuenas y tiembles y me olvidas,
yo te amo, ciudad.

Yo te amo, ciudad,
cuando la lluvia nace súbita en tu cabeza
amenazando disolverte el rostro numeroso,
cuando hasta el silente cristal en que resido
las estrellas arrojan su esperanza,
cuando sé que padeces,
cuando tu risa espectral se deshace en mis oídos,
cuando mi piel te arde en la memoria,
cuando recuerdas, niegas, resucitas, pereces,
yo te amo, ciudad.

Yo te amo, ciudad,
cuando descienes lívida y extática
en el sepulcro breve de la noche,
cuando alzas los párpados fugaces
ante el fervor castísimo,
cuando dejas que el sol se precipite
como un río de abejas silenciosas,
como un rostro inocente de manzana,
como un niño que dice acepto y pone su mejilla.

Yo te amo, ciudad,
porque te veo lejos de la muerte,
porque la muerte pasa y tú la miras
con tus ojos de pez, con tu radiante

**Concierto de violín*, de Alban Berg

rostro de un pez que se presiente libre;
porque la muerte llega y tú la sientes
cómo mueve sus manos invisibles,
cómo arrebatada y pide, cómo muerde
y tú la miras, la oyes sin moverte, la desdeñas,
vistes la muerte de ropajes pétreos,
la vistes de ciudad, la desgifuras
dándole el rostro múltiple que tienes,
vistiéndola de iglesia, de plaza o cementerio,
haciéndola quedarse inmóvil bajo el río,
haciéndola sentirse un puente milenario,
volviéndola de piedra, volviéndola de noche,
volviéndola ciudad enamorada, y la desdeñas,
la vences, la reclinas,
como si fuese un perro disecado,
o el bastón de un difunto,
o las palabras muertas por un difunto.

Yo te amo, ciudad,
porque la muerte nunca te abandona,
porque te sigue el perro de la muerte
y te dejara lamer desde los pies al rostro,
porque la muerte es quien te hace el sueño,
te inventa lo nocturno en sus entrañas,
hace callar los ruidos fingiendo que dormitas,
y tú la vez crecer en tus entrañas,
pasearse en tus jardines con sus ojos color de amapola,
con su boca amorosa, su luz de estrella en los labios,
la escuchas cómo roe y cómo lame,
cómo de pronto te arrebatada un hijo,
te arrebatada una flor, te destruye un jardín,
y te golpea los ojos y la miras
sacando tu sonrisa indiferente,
dejándola que sueñe con su imperio,
soñándose tu nombre y tu destino.

17

pero eres tú, ciudad, color del mundo,
tú eres quien haces que la muerte exista;
la muerte está en tus manos prisionera,
es tus casas de piedra, es tus calles, tu cielo.

Yo soy un pez, un eco de la muerte,
en mi cuerpo la muerte se aproxima
hacia los seres tiernos resonando,
y ahora la siento en mí incorporada,
ante tus ojos, ante tu olvido, ciudad, estoy muriendo,
me estoy volviendo un pez de forma indestructible,
me estoy quedando a solas con mi alma,
siento cómo la muerte me mira fijamente,
cómo ha iniciado un viaje extraño por mi alma,
cómo habita mi estancia más callada,
mientras descansas, ciudad, mientras olvidas.

Yo no quiero morir, ciudad, yo soy tu sombra,
yo soy quien vela el trazo de tu sueño,
quien conduce la luz hasta tus puertas,
quien vela tu dormir, quien te despierta;
yo soy un pez, he sido niño y nube,
por tus calles, ciudad, yo fui geranio,
bajo algún cielo fui la dulce lluvia,
luego la nieve pura, limpia lana, sonrisa de mujer,
sombrero, fruta, estrépito, silencio,
la aurora, lo nocturno, lo imposible,
el fruto que madura, el brillo de una espada,
yo soy un pez, ángel he sido,
cielo, paraíso, escala, estruendo,
el salterio, la flauta, la guitarra,
la carne, el esqueleto, la esperanza,
el tambor y la tumba.

Yo te amo, ciudad,
cuando persistes,
cuando la muerte tiene que sentarse
como un gigante ebrio a contemplarte,
porque alzas sin paz en cada instante
todo lo que destruye con sus ojos,
porque si un niño muere lo eternizas,
si un ruiseñor perece tú resuenas,
y siempre estás, ciudad, ensimismada,
creándote la eterna semejanza,
desdeñando la muerte,
cortándole el aliento con tu risa,
poniéndola de espalda contra un muro,
inventándote el mar, los cielos, los sonidos,
oponiendo a la muerte tu estructura
de impalpable tejido y de esperanza.

Quisiera ser mañana entre tus calles
una sombra cualquiera, un objeto, una estrella,
navegarte la dura superficie dejando el mar,
dejarlo con su espejo de formas moribundas,
donde nada recuerda tu existencia,
y perderme hacia ti, ciudad amada,
quedándome en tus manos recogido,
eterno pez, ojos eternos,
sintiéndote pasar por mi mirada
y perderme algún día dándome en nube y llanto,
contemplando, ciudad, desde tu cielo único y humilde
tu sombra gigantesca laborando,
en sueño y en vigilia,
en otoño, en invierno,
en medio de la verde primavera,
en la extensión radiante verano,
en la patria sonora de los frutos,

en las luces del sol, en las sombras viajeras por los muros,
laborando febril contra la muerte,
venciéndola, ciudad, renaciendo, ciudad, en cada instante,
en tus peces de oro, tus hijos, tus estrellas.

Recuerdo

La noche se reclina sobre la tierra
como una mujer sobre el pecho de su esposo.

A lo lejos, unas pocas estrellas
dialogan libremente de sucesos divinos.

Un pájaro blanquísimo surge en la llanura.
Se escucha el mar; se sabe que es de noche
porque el cielo decora con sus luces
el cabello azuleante de la nubes.

Recuerdo de otro sitio este silencio:
yo he estado alguna vez donde la rosa es hecha.

*Silente compañero**(Pie para una foto de Rilke niño.)*

Parece que estoy solo,
 diríase que soy una isla, un sordomudo, un estéril.
 Parece que estoy solo, viudo de amor, errante,
 pero llevo de la mano a un niño misterioso,
 que a veces crece de repente, y es un soldado aherrojado,
 o es un hombre mayor meditabundo, un huésped del reino
 de los lúcidos,
 y se encoge luego, se recoge hasta devolverse a la niñez,
 con sus ojos denominables arcano, con su látigo inútil, con su
 estupor,
 y este niño retráctil me acompaña, y se llama Rainiero en
 ocasiones,
 y en otras el Presente, y el Cabellero Huérfano, y el Soldado sin
 Dormir Posible,
 y comulga con el comunicado mundo de ultratumba,
 y conoce el lenguaje de los que abandonaron, condenados,
 el cuerpo,
 y pelean a alma limpia por convencer a Dios de que se ha
 equivocado.

Parece que estoy solo en medio de esta fría trampa del universo,
 donde el peso de las estrellas, el imponderable peso de Ariadna,
 es tan indiferente como el peso de la sangre,
 o como el ciego fluir de la médula entre los huesos;
 parece que estoy solo, viendo cómo a Dios le da lo mismo
 que la vida tome en préstamo la envoltura de un hombre o la
 concha de un crustáceo,
 viendo lleno de cólera que Pergolesi vive menos que la estólida
 tortuga,
 y que este rayo de luz no quiere iluminar nada,

y el sol no sospecha siquiera que es nuestro segundo padre.

Parece que estoy solo, y este niño del látigo flácido está
junto a mí,
derramando como compañía su mirada sagaz, temerosa porque
ha reconocido
el vacío futuro que le espera;
parece que estoy solo, y golpeándome el hombro está este niño,
este aislado de la multitud, lleno de piedad por ella,
que se inclina sobre el centro del misterio,
y golpea y maldice,
y hace estremecerse al barro y al arcángel,
porque es el Testimonio, el niño prodigio que trae la corona de
espinas,
la verdad asfixiante del sordo y ciego cielo.

Cuando yo mismo sueño que estoy solo,
tiendo la mano para no ver el vacío,
y esta mano real, este concreto universo de la mano,
con destino en sí misma, inexorablemente creada para ser
osamenta y ser polvo,
me rompe la soledad, y se aferra a la mano del niño, y partimos
hacia el bosque donde el Unicornio canta,
donde la pobre doncella se peina infinitamente,
mientras espera, y espera, y espera, y espera,
acompañada por las rotas soledades de otros seres,
conscientes del misterio, decididos a insistir en sus preguntas,
reacios a morir sin haber encontrado la llave de esta trampa.

Parece que estoy solo,
pero llevo en derredor un mundo de fantasmas,
de realidades enigmáticas como el pan y la silla,
y ya no siento asombro de llamarme Roberto o Antonio o
Segismundo,
o de ser quizá un árbol a cuyo pie descansa un peregrino
en cuya mente vive como metáfora de su realidad la persona
que soy;

pues sé que estoy aquí, realmente aquí, destruible pero ya
 irrevocable,
 y si soy sueño, soy un sueño que ya no puede ser borrado;
 y una lejana voz confirma todas las anticipaciones,
 y alguien dice -- ¡no sé, no quiero oírlo! –
 que de esta trampa ni Dios mismo puede librarnos,
 que Dios también está cogido en la trampa, y no puede dejar
 de ser Dios,
 porque la Creación cayó de sus manos al vacío,
 tan perfecta y completa que el Señor, satisfecho,
 se dedicó a crear otras creaciones,
 y va de jardín celeste en jardín celeste, dando cuerda al reloj,
 atizando los fuegos,
 y nadie sabe por dónde anda ahora Dios, a esta hora del día
 o de la noche,
 ni en cuál estrella se encuentra renovando su curioso experimento,
 ni por qué no deja que veamos la clave de esta trampa
 la salida de este espejo sin marco,
 donde de tarde en tarde parece que va a reflejarse la imagen
 de Dios,
 y cuando nos acercamos trémulos, reconocemos el nítido
 rostro de la Nada.

Con este niño del látigo en la mano voy hacia al amanecer o
 hacia el morir.
 Comprendo que todo ya está escrito, y borrado, y vuelto a escribir,
 porque la sucia piel del hombre es un palimpsesto donde
 emborriona
 y falla sus poemas
 el Demonio en persona;
 comprendo que todo ya está escrito, y rechazo esa lluvia sin cielo
 que es el llanto;
 comprendo que nacieron ya las mariposas
 que obligarán a palmoear de alegría a un niño que
 inexorablemente
 nacerá esta noche,
 y siento que todo está escrito desde hace milenios y para milenios,

y yo dentro de ello:
escrita la desesperación de los desesperados y la conformidad de los
conformes,
y echo a andar sin más, y me encojo de hombros, sin risas y sin
llantos, sin lo inútil,
llevando de la mano a este niño, silente compañero,
o soñándole a Dios el sueño de llevar de la mano a un niño,
antes de que deje de ser ángel,
para que pueda con el arcano de sus ojos
iluminarnos el jardín de la muerte.

F.G.L.

Paz. La muerte se ha sentado
por caminos de acero sobre un pecho.
Comienza a amanecer, ábrese el lecho
donde muestra un espejo lo soñado.

Ahora el vivir se extiende convocado
hacia inmedible campo, hacia el trecho
más calro de su ser; va sin acecho
derramando silencio iluminado.

Ya comienza a entender... Bebe el aroma
de una nieve que alberga, de una playa
por cuyo suelo nunca el toro asoma.

Soñadle puesto en Dios. Soñad que estalla
risa y verso y pasión; soñadle aroma
que en lumbres canta la invisible playa.

